

**HOMILIA. EN LA MISA DEL DIA DE RESURRECCION.
Catedral de Cádiz 2022**

Queridos hermanos. Queridos cofrades de las HH y CC de Cádiz, Pueblo Santo de Dios:

“¡Este es el día en que actuó el Señor!”: alegrémonos y regocijémonos en Él, ¡Aleluya!”. ¡Cristo ha resucitado!

La mañana de Pascua nos trae el anuncio antiguo y siempre nuevo de la resurrección del Señor. Hoy continúa resonando en la Iglesia el eco de este acontecimiento sucedido en Jerusalén hace veinte siglos. Contiene en sí la fe vibrante de María —la Madre de Jesús—, la fe de la Magdalena y las otras mujeres que fueron las primeras en ver el sepulcro vacío, la fe de Pedro y Juan, y la del resto de otros Apóstoles.

El evangelio nos conmueve aún con la sorpresa de María Magdalena que no acude al sepulcro pensando en la resurrección, que busca otra explicación, y que, finalmente corre en busca de Pedro y Juan quienes, al ver los lienzos, vieron y creyeron. “Hasta entonces no habían comprendido la Escritura”, dice San Juan, pero a partir de ahora, sí. La Resurrección explica la Escritura, lo explica todo. Desde la Palabra de Dios se comprende la Pasión y la cruz, se conoce que Jesús es el Hijo de Dios, que muere por amor.

Hasta hoy —incluso en nuestra era de comunicaciones tan sofisticadas y complejas— la fe de los cristianos se basa en aquel anuncio, en el testimonio de aquellas hermanas y hermanos que vieron primero la losa removida y el sepulcro vacío, más tarde a los mensajeros misteriosos que atestiguaban que Jesús, el Crucificado, había resucitado; y luego, finalmente, a Él mismo, el Maestro y Señor, vivo y tangible. Él mismo es quien se aparece a María Magdalena, a los dos discípulos de Emaús y, finalmente, a los once reunidos en el Cenáculo (cf. Mc 16,9-14).

La resurrección de Cristo no es fruto de una especulación ni de una experiencia mística subjetiva. Es un acontecimiento que sobrepasa ciertamente la historia, pero que sucede en un momento preciso de la historia dejando en ella una huella indeleble. La luz que deslumbró a los guardias encargados de vigilar el sepulcro de Jesús ha atravesado el tiempo y el espacio. Es una luz diferente, divina, que ha roto las tinieblas de la muerte y ha traído al mundo el esplendor de Dios, el esplendor de la Verdad y del Bien. Así como en primavera los rayos del sol hacen brotar y las yemas en las ramas de los árboles, así también la irradiación que surge de la resurrección de Cristo da fuerza y significado a toda esperanza humana, a toda expectativa, deseo o proyecto de bien. Por tanto, hemos de confesar que todo el universo se alegra hoy, al estar incluido en la primavera de la humanidad, de la que se hace intérprete del callado canto de alabanza de la creación. El *aleluya* pascual, que resuena en la Iglesia peregrina en el mundo, expresa la canto silencioso y exultante del universo y, sobre todo, el anhelo de

toda alma humana sinceramente abierta a Dios, más aún, agradecida por su infinita bondad, belleza y verdad.

Algo extraordinario ha sucedido que revoluciona la vida y la historia: Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, ha resucitado y muestra ahora su plena identidad, la fuerza de su Palabra y sus gestos. Necesitamos la fe y la razón. La fe no anula la razón, sino que la abre al misterio de Dios, a otra dimensión de las cosas que se escapa al positivismo de los laboratorios y de la matemática. Ahora comprendemos su Encarnación y por qué su muerte da vida a los hombres. “Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe” (1Cor 15,17). Nuestra celebración tiene un tono profético, como debe tenerlo toda nuestra vida.

Dice la Secuencia Pascual –el precioso himno que hemos proclamado—que hoy es el día de la alegría del hombre porque “lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto es que es la Vida, triunfante se levanta”. El discurso de Pedro en casa de Cornelio (Hch 10, 34- 43) explica lo acontecido con la proclamación del primer anuncio que permanentemente hemos de repetir. Sabe que Cristo es Juez de vivos y muertos, que viene a perdonar y a redimir, que ha venido a salvar, pero, sobre todo que ante Él se decide la suerte del mundo. En efecto, también nosotros podemos resucitar con Él si aceptamos bautizarnos en Él –como dice San Pablo (cf. Col 3,1-4)—, si nos sumergimos en su vida y Él nos transforma interiormente, si no vivimos solo a nivel carnal o material, sino con una vida insertada (“escondida”) en Dios. Descubrimos entonces que la vida de Dios-amor da valor eterno a nuestra vida. Por eso nos recuerda San Pablo que busquemos “las cosas de arriba”, es decir, lo propio de esa nueva vida, que experimentamos en la fe, la esperanza y la caridad; con la generosidad, el perdón y la paciencia; es decir, una vida digna de Cristo (cristiana) para caminar hacia Él, pero ya con Él.

«En tu resurrección, Señor, se alegren los cielos y la tierra» proclama nuestra liturgia (cf. Lit. Horas). A esta invitación de alabanza que sube hoy del corazón de la Iglesia, los «cielos» responden por completo, puesto que la multitud de los ángeles, de los santos y beatos se suman unánimes a nuestro júbilo. En el cielo, todo es paz y regocijo, pero en la tierra, lamentablemente, no es así. Aquí, en nuestro mundo, el *aleluya* pascual contrasta todavía con los lamentos y el clamor que provienen de tantas situaciones dolorosas: miseria, hambre, enfermedades, guerras, violencias, injusticias. Y, sin embargo, Cristo ha muerto y resucitado precisamente por esto. Ha muerto a causa de nuestros pecados de hoy, y ha resucitado también para redimir nuestra historia de hoy.

Digámosle: “Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa” (Secuencia). La Pascua no consiste en magia alguna. La Iglesia, después de la Resurrección, se encuentra con los gozos y esperanzas, los dolores y angustias de la historia. Sin embargo, esta historia ha cambiado, ha sido marcada por una alianza nueva y eterna, está realmente abierta al futuro, a un triunfo victorioso del bien. Cristo resucitado camina delante de nosotros hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (cf. Ap 21,1), en la que finalmente viviremos como una sola familia, como hijos del mismo Padre. Él está con nosotros hasta el fin de

los tiempos. Vayamos tras Él en este mundo lacerado, cantando el *Aleluya* y el mundo será mucho mejor, como comprobamos en la vida de los santos. En nuestro corazón hay alegría y dolor; se mezclan en nuestro rostro sonrisas y lágrimas. Así es nuestra realidad terrena. No obstante Cristo ha resucitado, está vivo y camina con nosotros. Por eso cantamos y caminamos, con la mirada puesta en el Cielo, fieles a nuestro compromiso en este mundo, confortados y consolados por Él.

Hermanos: “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”. Cantemos una y otra vez: “¡Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo!” (Sal 117). Resucitemos con Él, busquemos las cosas de arriba, y vivamos como otros cristos, como bautizados, haciendo el bien en este mundo hasta que lleguemos a gozar eternamente con Él en la gloria. ¡Feliz Pascua de Resurrección!